

Allí su anciana madre trasportada
De gozo, la mecia en sus rodillas :
Detrás de aquella puerta escalonada,
Creía ver su túnica morada
Ribeteada de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
Contemplaba Joaquin con grave aspecto
De la dichosa madre embebecida
En cuidar de su sueño y de su vida
El tierno afán y maternal afecto.

Todo lo recordó : y arrodillada
Sobre el umbral de la mansion paterna,
Oró por la memoria venerada
De aquellos de quien vuelve á la morada
Por la suprema voluntad eterna.

VI.

Paloma fugitiva que vuelves á tu nido,
Errante nazarena que vuelves á tu hogar,
Por Dios está bendita la cuna en que has
nacido,
Tu casa es el santuario por Jehová elegido,
Tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las
huellas,
El polvo que tú pises el mundo adorará,
Tu frente soberana coronará de estrellas,
Y nuestra impura raza, pasando por entre
ellas,
Tras tí al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol na-
ciente,
De todo bien origen, de Dios emanación,
Hechiza con tu nombre micanto balbuciente
Para que al mundo inspire cuando tu his-
toria cuente
La fé con que te adora mi firme corazón.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO QUINTO.

LA VENIDA DEL ÁNGEL.

I.

Como arroyuelo puro
Que al través deslizándose del prado
Protegido del fértil emparrado
Por el follaje oscuro,
Hasta el bosque vecino
Sigue su manso curso, cristalino,
Jamás de humanas huellas mancillado :

Tal la dulce existencia
Se deslizaba de José y MARÍA;
Que es fuente inagotable de alegría
La paz de la inocencia :
Y los castos esposos
Entre el trabajo y la oración dichosos,
Miraban trascurrir día tras día.

En su taller mezuino
La voz no oyendo del orgullo vano,
Trabajaba aquel místico artesano
Sin soñar su destino ;
O al bosque sus tesoros
De terebintos, cidros, sicomoros,
Disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
A cuyo corazón sobra nobleza
Parte acaso piadoso su riqueza
Con el menesteroso :
Así el patriarca santo
De los mendigos enjugaba el llanto,
Compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
La reina de los cielos elegida,
En grosera labor entretenida,
Preparaba gustosa
Los humildes manjares,
Que al volver el patriarca á sus hogares
Confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
Que en lino y oro y seda mil primores
A hacer, en perfectísimas labores,
Estaban avezadas ;

Tosca y humilde estera
Tejieron del Jordan en la ribera
De palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
De la sencilla patriarcal morada
A tan altos misterios destinada
Cubrió : y aún mas violento
Trabajo no asustó su fortaleza,
Ni marchitó su celestial belleza ;
Bajo su manto cándido velada,

A la vecina fuente,
Con un antiguo cántaro que inclina
Bajo su peso la virgínea frente,
El agua cristalina
Va á coger, ó la túnica azulada
Que cubre su persona inmaculada
A lavar en su vívida corriente.

Y al espirar el día,
Cuando la filomena su morada
Busca bajo la fértil enramada ;
Colocaba MARÍA
Sobre una mesa limpia y reluciente
Los panes de blancura resplandeciente,
Fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
Los lacteinos y la miel hiblea,
Al patriarca feliz de Galilea
Manjares deliciosos :
Y la cena frugal ya preparada
Cuando José tornaba á su morada
Concluida su tarea :

En el umbral la esposa
Le esperaba de pié, y el agua pura,
Al fuego ya templada su frescura,
Le daba cariñosa ;
Y él el polvo lavaba
De sus piés, y á la mesa se acercaba,
De amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
A su lado sentábase sencilla,
Del mundo y de los tiempos maravilla,
La que es de amor tesoro.
Y el rostro juvenil de gracia lleno
Junto formaba al de José, sereno,
Un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa
Las lentas horas rápidas pasaban,
Y los castos esposos se abrasaban
En el amor de Dios : y su afanosa
Pobreza enaltecida

Con la santa pureza de su vida,
Alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
En aquella feliz dulce existencia
De trabajo y de paz y de inocencia ;
Mas los tiempos llegaron
Del Salvador Mesías
Que anunciaban las altas profecías,
Y en su trono se alzó la omnipotencia.

II.

La hora sonó : el Altísimo
Calmado ya su encono
Contra el humano, el fulgido
Mirar, desde su trono,
De inmenso amor fecundo,
Sobre el terrestre mundo
Giró, como relámpago
Nuncio de paz y amor ;

Y entre los siete arcángeles
Que á su derecha asisten,
Que con las alas cándidas
Se cubren y revisten,
A los eternos fuegos
Quedar temiendo ciegos,
Al que mas cerca miró
Así ordenó su voz :

« Corta con vuelo rápido,
Gabriel, el éter puro,
Y donde se alza tímido
De Nazaret el muro,
Deten la árdua carrera
Por la azulada estera,
Y en el humano vórtice
Pon el seguro pié

Allí, en mansion e lúgubre
Color, y humilde planta
Que del confuso estrépito
De la ciudad se espanta ;
De nadie conocida,
Pero de mí elegida,
Pídica flor ocúltase
La reina de Israél.

Sé el que feliz anuncie
Mi voluntad divina ;
Primero en ver la plácida
Estrella matutina
Que el fausto fin ansiado
Del reino del pecado
Anuncia al mundo, humíllate
Ante su pura faz :

Díe que al fin aplácase
Mi cólera severa,
Por la soberbia indómita
De la muger primera;
Del mal reparadora
Será, é intercesora
Entre el humano mísero
Y el sumo Jehová. »

Dijo; y el ángel fervido
De las ete nas salas
Partiendo, al aire nítidas
Abre las puras alas;
Y al mundo presuroso
Dirige el vuelo ansioso,
Surco de luz espléndido
Dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero
El rey de los querubés
Rompe la capa lóbrega
De las revueltas nubes;
Y el rayo diamantino
Que marca su camino
Es tal, que al verlo, súbito
Cegara un serafín.

Moviendo á un tiempo rápidas
Las alas de oro y nieve,
Deja el inmenso número
De soles muy en breve
Detrás, y en la agitada
Atmósfera azulada
De nuestro mundo, ciérnese
Un punto en Nazaret.

Era aquel hora lánguida
En que el mortal inclina
A su criador la súplica
Piadosa, vespertina;
En que en murmurio suave,
Del pez, el bruto, el ave,
Del bosque y mar elévanse
Mil himnos de placer.

Hora en qué al rayo trémulo
Del moribundo día,
El alma en ancho piélago
De amor y de armonía
Se anega, y sublimada
Al cielo, separada
De su prision corpórea,
Se eleva hácia el Señor.

Y en su celeste júbilo
Cabe á la suma alteza,
Feliz un punto, olvidase
De su mortal flaqueza;

Y unida al sacro coro,
Al són del arpa de oro,
Entona el dulce cántico
De interminable amor.

Mas la inspirada púpila
Del ángel que camina,
De la inflamada atmósfera
A la ciudad declina:
Y dentro al laberinto
Que encierra su recinto,
Busca la vírgen cándida
De sin igual virtud.

Mírala en ruego estático
Postrada contra el suelo,
Y á la mansion seráfica
Dirige el raudo vuelo:
Nuncio feliz y santo
Del fin de nuestro llanto,
Embajador benéfico
De paz y de salud.

III.

Penetra en fin en la apartada estancia
De Dios el mensajero,
Desparciendo suavísima fragancia
Dó quier su pié ligero.

Al trascendente olor, la vírgen pura
Alzó los castos ojos,
Temiendo ver en la celdilla oscura
Los divinos enojos.

Y vió un mancebo fúlgido que ante ella
Inclinando la frente
En voz cual de amantísima querella,
Mas sonora y potente:

« Yo te saludo, dijo, á Tí la llena
De gracia y hermosura;
Contigo está el que vibra ó encadena
El rayo allá en la altura.

Tú sola eres la Santa y bendecida
De todas las mugeres:
Capaz de dar al hombre eterna vida,
Fú sola, Vírgen, eres. »

Y Maria tembló, no comprendiendo
Del ángel la voz grave;
Mas él en su embajada prosiguiendo
Con tono mas suave:

« No temas, que has hallado en la pre-
[sencia
De Dios gracia infinita;

Sin perder el candor de tu inocencia
Serás por él bendita.

Concebirás un hijo en tus entrañas;
Jesus será su nombre:
Y en tu tierra será y en las estrañas
Salud eterna al hombre.

Grande será: de todos bendecido,
Hijo de Dios llamado;
Y será el trono de David, perdido,
Por él recuperado.

Sobre la casa de Jacob, fecundo
Su reino omnipotente,
Cumplidas las edades de este mundo
Durará eternamente. »

Maria, empero de sorpresa llena,
En su ignorancia pura,
Al ángel preguntó con faz serena:
« ¿ Mas cómo tal ventura

Puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,
Si á Dios me he prometido;
Y de virginidad só el puro velo,
Varon no he conocido? »

Y el ángel respondió: « Desde el altura,
Aquel tres veces santo
Bajará sobre tí; su sombra pura
Cual generoso manto

Te cubrirá; por esto al santo fruto,
Vírgen, que en tí naciere,
Pueblos y reyes le darán tributo,
Y; ay del que no creyere!

Porque creas la nueva soberana
Que así te ha sorprendido,
Te diré que Isabel, tu prima anciana,
Un hijo ha concebido.

Y aunque estéril la juzgan, del preñado
Esta es la sesta luna:
No hay imposible al Sumo, al increado
Que amor y ciencia aduna. »

Entónces la doncella anonadada,
Al nunciador divino
Así le contestó, la faz bañada
En rubor purpurino:

« Hé aquí sumisa del Señor la esclava;
Hágase en mí su voluntad divina. »
Y en aquel punto el ángel se elevaba
Al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBOSE HIZO CARNE; de este mundo
A habitar en la cárcel maldecida,
Y rescatar al hombre del profundo,
Muriendo para darle eterna vida.

Cumplido ya el misterio incomparable
De la generacion maravillosa
De un Dios, en vil materia deleznable,
Si bien hecha por él; noble y gloriosa.

Solo el hombre en su ciencia envanecido
No sospechó que estaba tan cercano
El instante feliz y apetecido
Del complemento del linaje humano.

Del invierno era el fin (1), la primavera,
Derramando raudales de verdura,
Al monte, al llano, al bosque y la pradera
Revisió con su espléndida hermosura.

Lució del sol mas puro el vivo rayo,
Y en la flor columpiándose indecisa,
Fragante don del prematuro mayo,
Con voz mas dulce susurró la brisa.

Y de las aves el arpadado coro
Entonó mas armónicas canciones;
Y enmudeció del infeliz el lloro
Y callaron los turbios aquilones;

Mansa mugió la mar, en la ribera
Sumisa recostándose adormida;
Del bajo mundo á la encumbrada esfera
Todo tuvo otro sér y nueva vida.

Y al caer de la tarde, los pastores
Los rebaños trayendo á las majadas,
Y al volver á su hogar los labradores,
Sus rústicas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas
Confusos se paraban de los ríos,
Escuchando armonías misteriosas
Que de prados y montes y plantíos,

En la region del aire se elevaban
Y sobre ellos un punto se cernian;
Y de aquellos prodigios se admiraban
Y á sus gentes tal vez los referian.

En tanto que MARIA en el estrecho
Límite de su estancia, meditaba,
Y de santa inquietud turbado el pecho
A obedecer á Dios se preparaba.

(1) Segun varios autores venerables, se cumplió el misterio de la encarnacion un viernes por la tarde, día 25 de marzo.

LIBRO SESTO.

LA VISITACION.

I.

Era aquella estacion de encanto llena,
La estacion que los campos engalana,
La que da á cada tallo su capullo
Y á cada seco tronco su guirnalda ;

Y al arroyo su marco de verdura
Y murmurio mas plácido á sus aguas,
Y al dia mas fulgentes resplandores
Y á la noche mas sombras y mas calma ;

Era en fin la risueña primavera,
Estacion del amor afortunada,
En que naturaleza se reviste
De mayor juventud, vigor y gala,

Cuando dejando á Nazaret MARIA,
Caminó de Judea á las montañas,
Y á la ciudad de Ain, dó el sacerdote
Zacarías, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita
De la casta Isabel, aquella anciana,
Que, segun el celeste paraninfo,
En su extrema vejez fecundizada

Por el soplo divino, un gran profeta
Alimentaba entonce en sus entrañas ;
Y anhelaba MARIA de aquel triunfo
Testigo ser de tan ilustres canas.

Circundada de amigos y parientes
Salió de Nazaret una mañana,
Dejando allí á José, que por entónces
No pudo á su pesar acompañarla.

Penosas y no esentas de peligro
De Nazaret á Ain cinco jornadas
Hubo de hacer MARIA, espuesta siempre
A fatigas y riesgos en su marcha ;

Que está aquella region por mil torrentes
Cortada y asperisimas montañas
Y arenosos desiertos, propio asilo
De hombres perversos ó de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas
Que en posteriores tiempos la romana
Industria reparó, se interrumpian
Por barrancos ó bruscas hondonadas :

Piedras resbaladizas al viajero
Con caída mortal amenazaban,
O desiguales surcos y hundimientos
Que el camello trazara con su planta.

Al caer de la tarde, en un recinto
Que con sus tiendas móviles formaban,
Deteníase acaso entre temores
Y angustias la pequeña caravana,

Y una estera de juncos era el lecho,
Y una sencilla tienda la morada,
Dó pasaba la noche temerosa
La Reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino
Al término feliz, y sin tardanza
Se dirigió á la casa que el levita
Con su esposa amadísima habitaba.

É Isabel, que por una de sus siervas
De la ilustre visita fué informada,
A su encuentro acudió, del puro gozo
El rostro lleno que inundaba el alma.

Y la jóven entónces no queriendo
Que ella fuera primera en saludarla,
« ¡ La paz del sumo Dios contigo sea !
La dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, á su cuello
Se quiso abalanzar ; pero la anciana
Súbito un paso atrás retrocediendo,
Fijó en ella su límpida mirada.

A la espresion de afecto cariñoso
Que su franca sonrisa revelaba
Pocos momentos ántes, un profundo
Respeto sucedió : su frente ajala

Por el curso del tiempo, tersa y pura
Se tornó : sus facciones trasformadas
Rayos resplandecientes despedían
Que de luz el vestibulo inundaban ;

Y profético es, fíjate del cielo
Sobre ella desendió, y arrebatada
Pronunció, dirigiéndose á MARIA,
Con resonante voz estas palabras :

« ¡ Salve tú, bendecida
Entre toda terrestre criatura !
¡ Salve, corriente pura,
Al mortal escondida,
De eterna redencion y eterna vida !

¡ Bendita tú, y el fruto
De tu vientre purísimo, bendito !

Al tórbido Cocito,
El hombre en llanto y luto,
Ya libre, no dará fatal tributo.

¿ De dón'e la ventura,
De que la madre de mi Dios, piadosa
A mí venga amorosa,
Bajando de su altura,
De esta su esclava á la mansion oscura ?

Que al llegar á mi oído
Su voz, en mis entrañas se ha agitado
De gozo el hijo ansiado.
¡ Feliz la que ha creído !
¡ El misterio inmortal será cumplido ! »

Miriam entónces, plácida, serena,
Aunque del Santo Espíritu agitada,
Con voz suave de armonía llena
Prorumpió en este cántico inspirada :

II.

« ¡ Gloria, gloria al Señor !... La lengua
Esclame enejanada ;
¡ En Dios que es su salud y su alegría
El alma trasportada !

Que sin ver de su esclava la bajeza
Colmóla de bondades ;
Y admirarán su espléndida grandeza
Del mundo las edades.

De corona inmortal ornó mi frente ;
¡ Cubríome con su manto
Aquel temido Sér omnipotente,
El que es tres veces santo !

El que agita del mar y de los vientos
La indómata pujanza ;
Y vuelve á los furiosos elementos
La paz y la bonanza ;

Cuya misericordia y cuyos dones
Sin límite se estienden,
Sobre una y diez y cien generaciones
De los que no le ofenden.

Desplegó el indomable poderío
Del brazo prepotente,
Y en medio aniquiló al mortal impic
De su furor demente.

Derrocó á los magnates poderosos
Del solio enaltecido ;
Y á los sitios de honor esplendorosos
Ensalzó al abatido.

Al pobre enriqueció, y á los hambrientos
Colmó de sus favores ;
Tornándose desnudos, macilentos,
Los ricos opresores.

De su misericordia ilimitada,
Pompa hizo en su largueza ;
Y recobró Israel esclavizada
Su brio y altiveza :

Segun lo que á Abrahan fué prometido
Y á nuestros genitores,
Y hasta que el fin del mundo haya venido
Tendrán sus sucesores. »

III.

Treinta soles pasó la Virgen pura
En la region Hetea bendecida,
De Ain á pequenísimas distancia,
En la casta mansion de Zacarías :
Allí la nieta de David, dotada
Como él tambien de inteligencia activa
En su primer cantar nubló la gloria
Del gran progenitor de su familia :

Allí al caer de la apacible tarde
Cuando empieza á alentar la fresca brisa
Miraba acaso el estrellado cielo
De vaporosas nubes intranquilas
Cubierto, que á la vista semejaban
Diáfanos velos sobre piedras finas ;
O del inmenso mar allá á lo lejos
Las llanuras sin límites seguía,
Ya, cuando de sus olas agitadas
Del aquilon á las tremendas iras,
En montes de zafir hasta las nubes,
Querer llegar osadas parecían ;
O ya cuando apacibles, levemente
Rizadas por las auras vespertinas,
Venían á dormirse en manso curso
Sobre las blancas playas de la Siria.

¡ Cuánto amor, cuántas gratas sensacio-
Hasta entonce á Miriam desconocidas, [nes,
Anegaban su sér, aquellas horas
De honda meditacion !... ¡ Con qué delicia
De la madre comun, naturaleza,
Contemplaba la pompa y armonía !
Desde el inmenso universal conjunto,
Que el mezquino mortal con pasmo admira,
Soñando acaso en vanidoso sueño
Que sus leyes incógnitas descifra ;
Y amontonando luego en laborioso
Estudio, los sistemas que combina,
Cuando el secreto juzga adivinado,
En el punto se ve de su partida ;

Y una vez y otra vez á soñar vuelve,
Y mas y mas se ofusca y estravia
La orgullosa razon de que se jacta,
Que ante un grano de arena se aniquila;
Hasta las mas pequeñas perfecciones,
Hasta las mas debilitadas tintas,
Que la mano suprema sabia puso
Del prado en las postreras florecillas.
Hila amaba los bosques y los campos,
Las aguas de las fuentes cristalinas,
Las doradas espigas del otoño
Y de mayo las flores bendecidas.
Ella, mística flor, en los cantares
Del sabio rey llamada; entre las hijas
De los hombres, al lirio comparada,
Que crece del zarzal en las espinas,
Ella que al mundo fué, cual la paloma
Que al arca de Noé llevó la oliva,
Señal de salvacion en el naufragio,
; En la muerte señal de eterna vida!

Vecino á la mansion del sacerdote
Un estenso jardin cercado habia,
Dó en rica pompa ufanos se ostentaban,
Y en fragancia y verdura competian,
Los árboles y plantas mas hermosas
Que produce en su seno Palestina.
Su brillante diadema de esmeralda
Sobre todas las otras altecida
Soberbia erguia la feraz palmera,
Del dulce fruto ornada, que es delicia
Del hombre; allí el naranjo perfumado
De su flor inmortal, se estremecia,
Cubriendo el suelo de menudas hojas
De azahar, á la nieve parecidas.
Allí el rojo granado, el sicomoro
De esbelto talle, la copuda encina,
El tamarindo, el abedul reacio,
Y el cedro, rey de la floresta umbría;
Y el plátano flexible, cuya copa
De verde claro al céfiro mecida,
Tan tersa luce al sol y brillantada,
Que á las sedas de Persia diera envidia,
Y en fin la pompa y gala y donosura
Estaba allí completa y reunida,
Con que dotó feraz naturaleza
Las fértiles llanuras de la Siria.
En medio, de una fuente saltadora
Brotaba la corriente clara y viva,
Que desde entonces entre los hombres lleva
El dulcísimo nombre de MARÍA.
Y allí de algunos sauces á la sombra
Ambas sentadas, las felices primas
Pasar solian las serenas tardes
En plática sabrosa entretenidas.

; Cuán grave y sazónada y religiosa
Aquella dulce plática seria!

Santas las dos, las dos en sexo iguales,
Mas en fortuna y en edad distintas:
Cual la muger primera, de este mundo
Al nacer á la luz, jóven, sencilla,
Ignorante del mal, era la una,
Al trono mas espléndido elegida.
La otra muger, en años avanzada,
Alta en virtud y en experiencia rica,
Estimaba en su precio verdadero
Los bienes y los males de la vida.
Ambas desde el principio destinadas
A suertes portentosas é inauditas,
La una en su seno, estéril tantos años,
Del profeta mayor estaba en cinta;
Miriam, cándido lirio de los valles,
Reina de los cantares escogida,
Dentro de sí llevaba el gérmén puro
Del sumo Sér, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,
Cuando sobre la tierra que dormita
Y la tranquila mar, la blanca luna
Sus dulces rayos amorosa vibra;
Por bajo de una higuera agigantada
O de un parral só la enramada umbría,
Con sencillez servíase el banquete
De aquella ilustre patriarcal familia:
El tierno corderillo, alimentado
Con la yerba aromática que crian
Aquellos altos montes; frescos peces
Cogidos de Sidon en las orillas,
Y miel silvestre, acaso disputada
Al tronco secular de alguna encina;
Y en cestas de anchas hojas de palmera
Graciosa y diestramente entretejidas,
De Jericó los dátiles sabrosos
Que á la mesa del César se servian,
Junto con los alfónsigos de Alepo,
Los duraznos de Armenia, las sandías
De Egipto, y otras frutas delicadas,
En rica profusion se repartian.
Y el balsámico vino que producen
De la fértil Engaddi las colinas,
En ánforas de piedra conservado
Del sumo sacerdote Zacarías;
En vasos de riquísimas labores,
O en copas de topacio y amatistas,
En torno á los alegres convidados,
Escanciaban los siervos á porfía.
Circundada de tal magnificencia,
Parca empero Miriam, cual la avecilla
Que en medio á los racimos del otoño
Hace de un solo grano su comida,
De blancos lacticiños y de frutas
Se alimentaba, y por final bebía
Una taza pequeña de agua pura
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegado
Para Isabel el venturoso día
De dar la luz al precursor profeta,
Fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,
Cuando aprestos espléndidos se hacian
A celebrar con la debida pompa
El feliz nacimiento del Bautista;
De aquel mundano, atronador tumulto,
Cual paloma asustada huyó MARÍA,
Y dejando los montes de Judea,
De Nazaret la senda conocida
Tomó, despues que en su dorada cuna
Bendijo y abrazó al moderno Eneas.

LIBRO SÉTIMO.

LA VIRGEN MADRE.

I

De vuelta á Nazaret, la humilde vida
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,
Que pudiera olvidar envanecida
Viéndose á tantas glorias ensalzada:
Al querer de su esposo sometida,
Dulce, activa, prudente, recatada,
La oracion, el trabajo y la lectura
Toda ocupaban su existencia pura.

Empero, mas visibies y patentes
Se hacian de su estado las señales,
Y amarguísimas dudas y dolientes
Recelos, las entrañas paternas
De José desgarraban vehementes;
Que aunque ajeno de amores terrenales
Su corazon, inmenso en él ardia
Místico y puro amor por su MARÍA.

Y no ya los rencores que atormentan
Los estrechos humanos corazones;
Ni las turbias borrascas que alimentan
En el mortal volcánicas pasiones,
Que justicia y honor le representan
De un cielo pundonor las sugestiones;
Ni el vástago de estirpes soberanas
Lloraba aquel ultraje de sus canas:

No; lloraba con llanto inconsolable,
Del ángel puro la mortal caída;
Lloraba con dolor imponderable
Su ya perdido amor, su fé perdida;

La dulce paz, el júbilo inefable,
Los blandos goces de su santa vida,
Perdidos para siempre, lamentaba
Y lágrimas amargas derramaba.

Negábase á creer no pocas veces
La vista de sus ojos persuadidos,
Y testimonios de comprados jueces
Juzgaba el acusar de sus sentidos:
El cáliz del dolor hasta las heces
Apurando, con ayes doloridos,
Preguntábase á sí, si las señales
Que via no eran sombras infernales.

Mas un día llegó, que ya imposible
La duda fué: los propios habitantes
De Nazaret, del casto é invisible
Lazo que habia entre ellos ignorantes;
Un agudo puñal en el sensible
Corazon, con sus plácidos semblantes
Y parabienes mil que le ofrecieron,
En su ignorancia crudos sumergieron.

¿ Qué partido quedaba al buen esposo
En situacion tan triste y tan horrenda?
Segun la ley judáica, al ominoso
Crímen la muerte solo daba enmienda,
Y de baldon cubríase afrentoso
El varon israelita que en su tienda,
En su hogar, y en su honrosa compañía,
A una muger adúltera sufría.

¿ Cómo al través del tenebroso muro
Formado del revuelto torbellino
Del duelo amargo y del dudar oscuro,
Hallar de salvacion algun camino?
En medio al laberinto un rayo puro
José imploraba del fulgor divino;
Mas sordo el cielo á su gimiente ruego
Negábase la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente
En millares de soles apoyado,
Que fundó para sí el Omnipotente,
Y está á los mismos ángeles velado;
Dirige una mirada complaciente
Sobre el esposo triste, el Increado;
Y aunque su hondo gemir piadoso escucha
Le deja solo en la tremenda lucha.

Y el oro de sus ángeles queridos
Fijos los ojos en el noble anciano,
Esperan de temor estremecidos
El fin de aquel combate sobrehumano:
Y al ver tanto valor, enternecidos,
Vueltos á su temido soberano
Del que lucha en favor sumisos oran
Y en una voz su omnipotencia imploran.

José de su Señor abandonado
En la noche sin fin caliginosa
A su propio vigor; mas sustentado
Por su alma sublime y valerosa;
De una idea feliz iluminado,
Tomó resolución tan generosa,
Que si hubeira pasión sobre las nubes
Envidiaranla acaso los querubes.

Condenar era justo á la culpable,
Repudiándola, al llanto y abandono,
Mas era su suplicio inevitable
De sus propios parientes al encono:
Quiso pues, en su amor incomparable,
No solo perdonarla; el noble trono
Darle tambien que nunca niega el mundo
A la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano
El desprecio y baldon inmerecido
Aún de sus propios deudos, el anciano
Se preparó á la fuga decidido:
Turbia la vista, trémula la mano
Trabaja aún en el taller querido,
Testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,
Hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas
Donde le lleva su infeliz destino,
Por sendas peligrosas é ignoradas,
Irá vagando el pobre peregrino:
Leyes, usos, costumbres ignoradas,
¿A quién preguntará por su camino?
¿Acaso algun hogar serále abierto
Del mundo en el vastísimo desierto?

Y aún cuando encuentre un techo hospicio,
[talario,
Un seno amigo, en extranjero suelo;
¿Quién habrá que al mendigo solitario
De su perdido amor le dé consuelo?
¿Quién abrirá el asilo funerario
Dó presto le ha de hundir su desconsuelo?
¿Quién regará con llanto de sus ojos
La tierra en que descansan sus despojos?

Las auras de la patria tan queridas,
Sus selvas de azahar embalsamadas,
Sus auroras de fuegos encendidas,
Sus noches tan serenas y calladas:
Las aguas de sus fuentes bendecidas,
Sus nubes blanquecinas y azuladas,
Los parientes amados, los amigos
Que del perdido bien fueron testigos;

Y el techo desigual que levantaron
En mas felices dias sus mayores,

Las modestas estancias que habitaron,
Recuerdo perenal de sus dolores;
Y aquellos toscos muebles que labraron
Testigos de su dicha y sus amores,
¡Todo en fin, lo que caro es en la vida,
Abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho
En inquieto dormir desahogaba
Con hondos ayes el dolor del pecho,
Parecióle mirar que iluminaba
Una luz celestial el cuarto estrecho,
Y un ángel del Señor la derramaba,
El cual con voz suavísima, argentina,
Mas que el rumor del aura vespertina:

« Hijo del gran David, no acongojado
Estés, ni en tales dudas sumergido;
El niño que tus penas ha causado,
En el seno purísimo nacido
De Miriam, del Señor es hijo amado,
Y por él será el mundo redimido;
Y aunque tiene en el cielo eternos nombres,
Jesus será llamado entre los hombres. »

Dijo y desapareció. — Del blando sueño
Recordando José la gran dulzura,
El rostro ántes tristísimo, risueño
Se alzó al amanecer del alba pura:
Y solícito, amante y halagüeño,
Creyendo apenas la inmortal ventura,
Con voz llena de encanto y alegría
Como á su reina saludó á MARÍA.

II.

Como acaso al volver al pátrio suelo,
Dó al través de los mares se encamina,
Sobre un altivo escollo el raudo vuelo
Detiene la viajera golondrina:
Y en el nido fugaz, vecino al cielo,
De donde la estension del mar domina,
Ajena al rebramar del viento airado,
En el antiguo piensa nido amado:

Así Miriam ignara del tremendo
Rugir de las borrascas de la vida,
Pura y sin mancha en medio al torpe es-
[truendo

De la mundana gente corrompida,
Notar no pudo aquel martirio horrendo
Que, al juzgarla el patriarca envilecida,
Rasgó su corazón tan noble y fuerte
Con mas crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enajenada
En puras é inefables alegrías;

Y abnegacion sublime, no seria
En el seno dichoso de MARÍA!

Ella que ama en su hijo al D'os que adora,
Al esposo de que anda enamorada;
Eterno amor que dentro á su alma mora
Desque al vivir del mundo fué creada:
Suavísimo recuerdo que atesora
En la region mas noble y apartada
Del tierno corazón, que Dios le diera,
¡Porque en su santo amor se consumiera!

Tierno boton que en el jardín ameno
Del aura acariciado fresca y pura,
De viva savia y de perfume lleno,
Llega á la perfeccion de su hermosura;
Y sin abrir al roedor veneno
De reptil ponzoñoso ó de aura i^{ta} pura
El caliz virginal de azul y oro
De su aroma real guarda el tesoro:

Tal el virgíneo pecho de MARÍA,
De manchas libre ó corporal flaqueza,
Puro como la luz del rey del día
Intacta conservaba su entereza;
Y el amor maternal que en él ardía,
Mayor intensidad, mas fortaleza
Tuvo y debió tener, que los amores
Propios de esta mansion de los dolores.

Virgen de toda culpa inmaculada,
Criatura de Dios mismo eleida,
Sobre el mortal caduco sublimada
Sobre el eterno coro enaltecida;
Hízola Dios su esposa muy amada,
Y entre él y nuestra raza maldecida
Ella fué la divina mediadora
Del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo
Que nació sin la mancha del pecado;
La sola cuyo vientre fué fecundo
Sin ser en su pureza amancillado:
Misterio santo, altísimo, profundo,
No entendido é empero venerado
Por el audaz mortal que impío niega
Cuanto no alcanza á ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino
Nos llega á iluminar la lumbre pura;
Así del sol el rayo diamantino,
Sin romper de las aguas la tersura,
Penetra en deslumbrante torbellino
Tal vez al fondo de la mar oscura,
Semejando en sus olas rebramantes
Del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre á un tiempo: — Perfu-
Capullo y á la vez fragante rosa; [mado

Día y noche, confusa y agitada,
Escucha misteriosas armonías
Que entonan en redor de su morada
En coro las celestes jerarquías,
Mientras callan los vientos bramadores
Y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo explicar en lenguas terrenales
De senso oscuro y áspero sonido,
La suma de rubores virginales
Y de gozo y amor enardecido,
Que cuando en sus entrañas maternales
El Verbo del Señor se ha estremecido,
Sienten su corazón y su alma pura
Llenos de aquella insólita ternura?

¡ Amor de madre! amor acá en la tierra
Imágen pura del amor divino;
Sentimiento clarísimo que encierra
Cuanto hermoso del cielo al mundo vino:
Iris de paz en la continua guerra
De las pasiones que nos dió el destino,
Bálsamo celestial, gozo del alma,
Puerto seguro de apacible calma!

¡ Divina emanacion de un Dios piadoso,
Consuelo en los dolores inefable,
Amor constante, fino, generoso,
Indulgente, benigno, inalterable:
Don del Omnipotente el mas precioso,
Pródigo de perdón para el culpable,
Copiosísima fuente clara y pura,
De júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,
De la pobre mortal naturaleza
El lodo vil con su fulgor inflama,
Depura y aquilata su impureza:
Y en él torrentes de virtud derrama,
Y el corazón levanta á tal alteza,
Que entónces la muger, ángel del cielo
Parece, desterrado en nuestro suelo.

Qué madre vacilar puede un instante
Dicha en sacrificar, fortuna y vida,
Por ver feliz y del dolor triunfante
La dulce prenda de su amor querida?
¿Qué riesgo á detener será bastante
A quien la misma muerte no intimida?
¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo
A la que con morir salva á su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa
Basta sola á engendrar virtudes tales
Y abnegacion tan fina y valerosa
En los comunes pechos maternales:
¡ Cuánto mas levantada y poderosa
Y fecunda en afe tos celestiales,

El bien aún de nosotros alejado,
Y de aquel bien la posesion dichosa :
La esperanza á la vez y lo esperado ;
La anhelante inquietud, la paz sabrosa,
Tal el misterio fué que dió fecundo
Fruto de vida y libertad al mundo.

BELEN.

III.

¿ Adónde envanecido
Me arrastras, ardoroso pensamiento ?
¿ Dó vuelas, atrevido,
Con rauda movimiento,
Ambas las alas desplegando al viento ?

¿ Cómo á escalar te atreves
Esa region de tan suprema altura ?
¿ Cómo en alas tan leves
Alcanzar la ventura
De contemplar de Dios la lumbre pura ?

Gusanillo ambicioso
Del sol, en mariposa convertido,
Que al cielo esplendoroso
Remontas decidido,
En tan frágiles alas sostenido :

¿ Dó irás que no te cause
En breve la asperísima subida ?
¿ Dó será que descanse
Tu fuerza enflaquecida
En lucha á tu vigor tan desmedida ?

¿ Podrán, sin quedar ciegos,
Esos tus ojos débiles mortales,
Que á los solares fuegos
Se anublan, los raudales
Contemplar de las lumbres inmortales ?

Frágil vaso de arcilla
Al choque mas ligero quebrantado,
En cuya mente brilla
Un destello emanado
Del soberano rey de lo creado,

¿ Qué es el mortal en suma ?
¡ Mezcla de lodo y de fulgor divino !
¡ Bomba fugaz de espuma,
Que en su rauda camino
Hizo y borró en el mar el torbellino !

Y empero, desbocado,
Mas allá de su sér ansioso mira...

¿ Es su esplendor pasado
Perdido, el que suspira,
Ó á mas glorioso porvenir aspira ?

Hay un voraz deseo,
Que su mezquino sér constante agita ;
Un túrbido mareo,
Que sin cesar le incita
Y en vórtice sin fin lo precipita.

Y tú, mortal poeta,
De flaca voz y genio limitado ;
¿ Podrás á la alta meta
Llegar afortunado,
A tan humildes cantos avezado ?

En la tiniebla oscura,
Funesto don de la ignorancia humana,
¿ Aspiras tu locura
A ver la soberana
Luz, que del trono del Señor emana ?

Mas no ; que reverente
El vate contra el polvo prosternando
La ántes alti a frente,
No orgulloso cantando,
¡ Las glorias del Señor irá adorando !

Y de la fé del cielo
En las fulgentes alas sostenido,
¡ Acaso en rauda vuelo
Remonte enardecido
Dó el sumo resplandor vive escondido !

IV.

Las águilas impías
Dominaban señoras del romano
Sobre naciones cultas y bravías :
El galo y el hispano,
El picto y el indómito germano ;

Y el sármata invencible,
En su árido desierto, y el numida
Con su corcel terrible,
Y el chino, cuya vida
De la lid pasa lejos homicida ;

Y el elocuente griego,
Y el persa en los tejidos afamado ;
Y el abisinio ciego,
Y el copto iluminado
En ciencias tenebrosas iniciado :

Y en fin, desde el Oriente,
Cuna del Salvador afortunada,
Hasta el rico Occidente ;

V.

Vecina ó apartada,
Pobre ó rica, desierta ó habitada ;

Region no habia alguna
Que no rindiese humilde vasallaje
De Roma á la fortuna ;
Ni viviente linaje,
Que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo
De Roma, se humillaba entero el mundo,
¡ Esclavo de un esclavo !
Que Roma, al yugo inundo
Del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente
De regiones vastísimas señora :
— La reina prepotente
A quien el mundo implora,
¡ Al brutal apetito esclava adora !

Y el mundo entero gime,
Las antiguas virtudes olvidadas,
Só el yugo que le oprime ;
Las leyes conculcadas,
¡ Las mas santas costumbres despreciadas !

— Tributaria Judea,
El trono de David era ocupado
No de familia hebrea ;
Un extranjero odiado
Era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento
Del mundo en las edades, de los días
Que al fausto nacimiento
Del Redentor Mesías
Anunciaban las altas profecías :

El César Octaviano
Quiso contar la inmensa muchedumbre
Esclava del romano ;
Y de su servidumbre
A aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera
Un empadronamiento escrupuloso,
En el cual se inscribiera
Con el menesteroso
El altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,
Del edicto imperial desajudado
Fieles ejecutores,
Al mundo esclavizado
Obedecer hicieron lo mandado.

Fieles José y María á la costumbre
Seguida en Israel desde remotas
Edades, de inscribirse por familias
Y tribus ; la romana ley premiosa
Apénas conocida, resolvieron
Dirigirse á Belen sin mas demora.
Era aquella ciudad patria felice
De David ; y José y su casta esposa,
Descendientes de aquel, la contemplaban
Su nativo país y cuna propia.

Del otoño era el fin. — Torrentes raudos
Desde la cima de las altas rocas,
Con horrible fragor hasta los valles
Llevaban sus corrientes bramadoras :
Silvaba el aquilon del norte frio
Al través de las ramas ya sin hojas
Del cedro y terebinto que en los llanos
Se burlan de sus iras destructoras ;
Y el cielo azul de viajadoras nubes
Cubierto, que los astros encapotan,
Que se acerca ya el tiempo anuncia al
De la nieve voraz devastadora. [hombre

Una mañana nebulosa y fria
Emprendieron la marcha fatigosa
José y Miriam. — La jóven cabalgaba
Sobre el manso animal, que á las matronas
Pobres servia en dilatados viajes
Por aquellas comarcas arenosas.
A pié de ella no léjos, caminaba,
Vástago ilustre de prosapia heroica,
Pensativo el esposo, meditando
En las promesas del Señor gloriosas.
A las cinco jornadas descubrieron,
Ceñida de amenísima aureola
De viñas y de olivos inmortales,
La ciudad de los reyes. — Ricas tropas
De jóvenes ginetes, que atrevidos
Espolean las yeguas voladoras,
Y mugeres ilustres revestidas
De sedas y de púrpuras costosas,
Montados en camellos, atraviesan
De Belen por la senda á todas horas ;
Y al pasar de los pobres peregrinos
Al lado, una mirada desdeñosa
Acaso les dirigen, ignorando
Que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba
Edificio de fábrica orgullosa,
Cuyas blancas paredes, de aquel marco
De olivos y viñedos que corona
Los collados vecinos y montañas,
Al sol se destacaban. — Presurosa

Dirigió la feliz cabalgadura
A aquel punto José. Mas con zozobra
Oyó que ya lugar ninguno había
Do descansara su afligida esposa.
Entonce á la ciudad siguió el camino;
Mas en vano sus calles tortuosas
En busca recorrió de algun albergue:
Todos los belenitas con faz torva
A recibir negáronse al viajero
De apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya estendia
De nubes densas y apiñadas sombras
Sobre el altivo monte y la llanura
La noche del descanso protectora:
Y José en su aflicción desesperando
De encontrar un asilo, con llorosa
Faz, resolvió salir á la campiña,
Ya sumergida en las tinieblas hondas.
— A la parte del sur y no muy lejos
De la dura ciudad, caliginosa
Había una caverna, caro asilo
Tal vez en las borrascas bramadoras
De pastores á un tiempo y de ganados.
Allí José y Miriam en fervorosa
Oración, juntamente bendijeron
De Dios la omnipotencia previsora.

Y allí cuando rasgando el negro velo
Con que al mundo cubrió la niebla oscura,
Señala media noche á nuestro suelo
El astro luminoso en el altura;
Sin humano dolor, al rey del cielo
Encarnado en terrestre criatura,
Dió á la luz la esposa del Señor, MARÍA,
Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
Mansas las olas de la mar gimieron,
Sus fuegos los volcanes apagaron,
Los prados de sus flores se vistieron:
Las estrellas del cielo se agitaron
Y con mas viva luz resplandecieron;
Y en himnos mil de júbilo, triunfales,
Resonaron las arpas celestiales.

VI.

Cerca del establo
Hay un prado ameno
Dó muchos pastores
Junto á sus corderos
Pasaban la noche
Las iras temiendo
De feroce tigre
O chacal sangriento:
Cuando de zozobras

Están mas ajenos,
Hé aquí que de pronto
Descienden al suelo
De una luz divina
Los puros reflejos;
Y un jóven gallardo,
De la luz en medio,
A quien los zagales
Ven de espanto llenos,
Con voz mas suave
Que el blando ceceo
Es del hijo caro
Al amor materno:

« No temais, les dijo,
Que soy mensajero
De paz y alegría
Al vasto Universo.
Hoy mismo ha nacido,
De Belen no lejos,
Por decretos altos
Quien del mundo es dueño:
Y aunque, soberano
De tronos é imperios,
Da y quita á los hombres
Coronas y cetros
No en sumos palacios
Ni alcázares régios
Le busquéis; de toscos
Pañales cubierto
¡ Sobre húmeda paja
Yace el rey del cielo!
Acudid, pastores;
Zagales, id presto:
Sed al gran Mesías
En ver los primeros:
No tardeis, dichosos
Pastores hebreos,
Y en vuestro camino,
Mas raudos que el viento
Llevadle tributos
De amor y respeto:
¡ Mirad que es nacido
El rey de los cielos!

Y en medio á los aires
Un sonoro estruendo
De angélicas voces
Contestó á lo lejos:
« Gloria en las alturas
Al Señor eterno,
Y al hombre sencillo
Y de honrado pecho
Paz y bien andanza
Del mundo en el suelo. »
Y entre blancas nubes
Subiendo á los cielos
Mas y mas remotos

Su cabeza cana
Inclina hasta el suelo.
Y dos animales,
Fieles compañeros
Del sabio que huye
Del mundano estruendo,
Como, si capaces
De luz, muy atentos
Mirar parecían
De Dios los misterios;
¡ Tan pobre y humilde
Si leal cortejo
Cercaba la cuna
Del Rey de los cielos!

Apénas el grupo
Los pastores vieron,
Puestos de rodillas,
Gozosos los pechos,
Sus rústicos dones
Al Cristo ofrecieron:
Y un rayo de luna
Pálido y sereno
Ilumina el cuadro
Con fulgor incierto. —
¡ Venturoso día!
¡ Triunfador momento!
Al débil vagido
Del párvulo tierno,
Allá en los altares
De sus ricos templos,
Los dioses mentidos
Del turbido Erebo
Con susto temblaron,
De rabia gimieron,
Viendo el fin cercano
De su impuro reino;
En tanto que el mundo
De su dicha ajeno
Tranquilo descansa
En brazos del sueño.

VII

Los sencillos pastores
De Judá, por los ángeles llamados,
Á ser de los humanos precursores,
En tributar al gran recién nacido
Homenajes de amor, á sus hogares
Volvieron asombrados,
El prodigio contando enaltecido
En dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido
El tiempo en que á los hombres otros labios
De mas autoridad, noticia dieran
Del gran suceso en Betleem cumplido.

Se fueron oyendo
De aquellos cantares
Los limpidos ecos.
Cuando de la noche
Las brisas gimieron
Solas en el prado
Y en el bosque ameno,
Juntos los pastores,
Teniendo consejo,
Á Belen dichosa
Pasar resolvieron,
Sus pobres rebaños
Dejando contentos
Bajo la custodia
Del Pastor supremo,
Cuya sombra amiga
Cubre á un mismo tiempo
Al hombre orgulloso
Y al humilde insecto.

Entónces tomaron
Algunos modestos
Presentes: nevados
Corderillos tiernos;
Entre verdes hojas
Con cuidado envueltos
Requesones blancos
Y sabrosos quesos;
Leche fresca y pura
En cántaros nuevos;
Pieles adobadas,
Y en pajizos cestos
Los aureos racimos
Y frutos diversos
Que son del otoño
Preciado ornamento.
Y alegres tomaron
El limpio sendero
Que recto conduce
De David al pueblo;
Mas cuando vecinos
Al establo fueron,
Por secreto impulso
Entráronse dentro:
Allí en cuna humilde
De juncos y helechos,
El rostro cercado
De fulgido fuego,
Al sumo Mesías
Reclinado vieron.
Miriam inclinada
Cabe el pobre lecho
Estasiada adora
Al divino Verbo;
Mientras el anciano,
De allí no muy léjo
Ante el tierno niño
Con hondo respeto
